
PERPLEJIDAD Y RESPONSABILIDAD DEL INTELLECTUAL

Fernando Savater

análisis y debate



2

«La tragedia del intelectual político de hoy es que quiere, en el mejor de los casos, someter la historia presente a la media razón, que quiere garantizar a la razón su media vida entre el poder y el estruendo del mundo, por falta de fe en la razón entera. Porque la razón entera, como la entera verdad, ya no son de este mundo.»

(Maria ZAMBRANO: *Séneca*)

Volver de nuevo al asunto de la función y la responsabilidad política del intelectual, lo que ayer se llamó su «compromiso», parece hoy —como mínimo— tener poca memoria y aún más corto sentido del ridículo. Todos los dictámenes han sido escuchados ya, los de quienes exigían más compromiso en los intelectuales y también los que pedían más intelectualidad en los comprometidos, aquellos que postularon un intelectual orgánico y

los que le prefirieron mineral en su torre de marfil, los que le proclamaron «*au dessus de la mêlée*» y el de quienes le aconsejaban mancharse las manos. Según unos el intelectual debe tomar partido, mientras que otros decretan que sea el partido quien tome intelectuales —sea como líderes, consejeros o rehenes—, y muchos están convencidos de que la independencia —de todo y todos, al menos como ideal— es la sal misma de su tarea crítica. El intelectual fue a la guerrilla y volvió de ella, hizo barricadas en la universidad y encontró su universidad en cada barricada, voceó su autocritica, quemó lo que había adorado y adoró lo que había quemado, ocupó su puesto en el reformismo gubernamental cuando los gobiernos quisieron fingir que se reformaban, se desengañó mil veces y mil veces se lamenta ahora por la pérdida irremediable de sus viejos engaños. El *dossier* está completo y visto para sentencia, pero el jurado que se ha ausentado para deliberar no vuelve, cabe sospechar que no vuelva ya jamás y entre tanto corren los más dispares rumores sobre el veredicto.

Sin embargo, voy a permitirme la osadía y la ingenuidad de volver a acometer este tema semi-proscrito. En primer término, porque creo que es una cuestión que ha sido abordada de modo reiterado pero rara vez perspicaz. En segundo lugar, porque me parece que la tarea cívica del intelectual debe ser examinada una y otra vez periódicamente, cuando las circunstancias de la época se modifiquen de modo significativo. Nietzsche señaló que sólo puede ser concluyentemente definido lo que no tiene historia y tal no es el caso, desde luego, de la figura cultural que nos ocupa. El tercer motivo debe también algo a Nietzsche, ya que se funda en el gusto por lo intempestivo: hoy el calificativo mismo del *intelectual* azora o desacredita en ciertos medios que ayer blasonaban en él con arrogancia ciertamente no mejor fundada que el embarazo actual. Por último, la ocasión lo hace más que aconsejable, casi imprescindible. Nos reunimos aquí para rendir cordial homenaje a Octavio Paz, uno de los más distinguidos e influyentes intelectuales del siglo XX. Sin que ello disminuya su importancia como poeta y ensayista, el explícito y razonado compromiso político de Paz ha sido uno de los rasgos primordiales de su perfil público, el que ha merecido más vivaz controversia. Cuando recientemente leía en las páginas de *El País* la polémica que sobre este mismo tema, pero centrada en Hispanoamérica, sostuvieron Mario Vargas Llosa y Mario Benedetti, pensé que como trasfondo era imposible no evocar constantemente como anverso o reverso de cada argumento la posición de Octavio Paz. Sería mutilar injustificadamente cualquier homenaje que se le dedicara no intentar prolongar la reflexión sobre un problema inestable, mezcla de perplejidad y responsabilidad, del cual él ha sido a la vez lúcido analista y protagonista apasionado.

Una serie de suposiciones previas para comenzar: el intelectual a que vamos a referirnos aquí es el intelectual «a la europea», dicho sea para entendernos, es decir, poeta, novelista, ensayista, profesor y no el *manager* empresarial de formación universitaria cuyo papel en la sociedad actual norteamericana centró los análisis de Alvin W. Gouldner (*El futuro de los intelectuales*); los únicos aspectos que serán considerados dentro de su actividad global son los explícitamente políticos, es decir, aquellos directamente encaminados a modificar y orientar las opiniones de su audiencia respecto al cómo, qué y para qué de la organización social. Dejaremos por tanto de lado el amplio y muy importante campo de las repercusiones políticas indirectas de la obra de creación, que por cierto no siempre han sido ni son coincidentes con las posiciones públicamente asumidas por su autor. El intelectual que nos queda así perfilado posee acceso a los medios de comunicación de masas como instrumento de intervención cívica; no ostenta en la jerarquía política autoridad, sino influencia (aún cuando pudjera serle confiada alguna autoridad institucional será siempre como consecuencia de la amplitud de su influencia y no al revés); se considera, con mayor o menor énfasis, retórico miembro de un gremio específico cuya tarea social se inició en el siglo XVIII, teniendo por santo patrón o demonio fundador a Vol-

taire, seguido luego de los consiguientes antivolterianos; admite que su campo específico es la *persuasión* por medio del lenguaje y que sus propuestas, análisis o críticas deben ser argumentadas en base a algunos principios inteligibles y comunicables. Como último rasgo, podemos resaltar que la teoría política, y no digamos su práctica, casi nunca es la especialidad en la que el intelectual ha conseguido su prestigio.

La mayoría de los intelectuales que lanzan al mundo sus admoniciones apocalípticas suelen quejarse del escaso eco que alcanzan sus prédicas, tanto en el pueblo como sobre todo en las autoridades. Pero muy por el contrario, lo que de veras sorprende cuando se reflexiona un poco sobre el asunto es que se les haga caso en absoluto. La realidad es que cuando hablan siempre encuentran una audiencia notablemente amplia y fervorosa; cuando callan se echa de menos un parloteo y se les reprocha su silenciosa inhibición. De lo que supongo que se queja el intelectual que se siente no suficientemente escuchado es de la acogida de su mensaje: como si la indignación pública, la picota, el amordazamiento represivo, el ostracismo e incluso el puñal que en la noche holandesa rasga el manto de Spinoza no fueran también, a su modo, formas de ovación. Convertir al intelectual en mártir —es decir, en testigo— por intervención popular o gubernamental viene a ser como un caluroso acuse de recibo de su palabra, que quizá desborda los merecimientos del así considerado. Cuanto más obtuso y dictatorial es un régimen político, más importancia por vía traumática alcanzan en él sus maltratados intelectuales: como no se les deja decir nada, todas las palabras oficiales se vuelven puro anverso falaz e insensato de su silencio. Pero también en los países que consienten mayor libertad de expresión esta raza de tábanos tienen su peso, aunque allí su número creciente y su verbosidad cacofónica crean en torno suyo a veces una suerte de irritada indiferencia a la que ellos deberían temer más que a la persecución y al linchamiento, si es que saben lo que les conviene. En todo caso, los intelectuales siguen siendo los dueños del día porque son los inventores de *la opinión pública*, fenómeno que en su versión laica nace en el siglo de las luces y que no es consecuencia del fin del absolutismo y del nacimiento de la democracia moderna, sino la condición *sine qua non* de estas transformaciones. Se trata de una convicción asombrosa y audaz, la de que el pueblo tiene sus propias valoraciones que le sirven para aprobar o rechazar las decisiones políticas y, sobre todo, que posee la capacidad de formar y reconsiderar tales valoraciones de acuerdo con nuevos acontecimientos. La opinión pública tiene mitos y dogmas, desde luego, pero no se confunde con la supremacía religiosa de una iglesia determinada en un Estado teocrático ni tampoco con la articulación de leyendas fundacionales en que basan su armonía ideológica los pueblos primitivos. Si todos los gobiernos tratan de manipular la opinión pública en ello hay que ver una expresión conmovedora de fe democrática: es que por vez primera en la historia los gobernantes están convencidos de que ellos son también pueblo y por tanto a la vez necesitan el referendo legitimador de la opinión pública y tener derecho, como buen pueblo que son, a intervenir en su producción y difusión. Pues bien, los intelectuales son los oficiantes del culto de la opinión pública en el que desempeñan todos los papeles rituales: profetas, pontífices, catequistas, confesores, herejes y chivos expiatorios.

La fragilidad de la posición pública del intelectual es su rasgo más distintivo: es la más *expuesta* de todas y éste sólo puede legitimarla exponiéndose de nuevo día tras día. Por ello es frecuente que intente buscarse algún respaldo, sea en las instituciones vigentes sea en vagas entidades suprahumanas como Dios, el Pueblo, la Humanidad o el Progreso, de los que se declara con voluble espontaneidad el auténtico portavoz. Lo cierto es que al intelectual metido en política no lo respalda nadie y se representa sólo a sí mismo, aún cuando el gobierno le pase un sueldo por su asesoría, aún cuando todos los desheredados de la tierra se reconozcan —lo que ciertamente no es probable— en su justiciera requisitoria. Pero es que en ello reside precisamente la gracia de su figura, si es que tiene alguna. Lo realmente peculiar de su faena no son sus conocimientos especializados sobre

los temas debatidos (frecuentemente no superiores a los de cualquier otro ciudadano) ni el haber alcanzado designación ninguna para ejercer como portavoz de nadie ni de nada, sino más bien el carecer de tales atributos, el ser una especie de metáfora viviente de la modernidad democrática, una antonomasia del ciudadano de la sociedad moderna: individualismo hasta en la masa, social hasta en sus egoísmos, desmitificador, escéptico y a la vez ávido de nuevos dogmas, dócilmente inconformista, hedonista por rebelión impía contra el dolor —actitud de la que han brotado todas las revoluciones políticas, convencido de que cada fiel debe interpretar por sí mismo los textos sagrados tanto como de que ciertamente hay textos sagrados, etc... El intelectual tiene la vulgaridad de cualquiera pero con cierto picante suplemento de originalidad identificatoria en la palabra: es decir, que reconocerse en él es para la mayoría a la vez fácil y gratificante, no menos que convertirle en el rostro del vecino-hermano-enemigo que nos azuza.

La descripción de su función ha sido uno de los temas predilectos de esa función misma, tal como indicábamos al principio. Los intelectuales, vocacionalmente obligados a cuestionar las realidades características de la modernidad que habitan, se han encontrado pronto consigo mismos como uno de los fenómenos más ambigüos de la época. Al principio se hicieron ilusiones desmedidas sobre su papel, envueltas siempre en quejas falsamente modestas sobre su marginación y soledad. Se creyeron conciencia de la época, profetas del futuro, espoleadores de las multitudes adormiladas, paladines de las causas más justas. Esa exaltación, no siempre infecunda ni tan infundada como una caricaturización inmisericorde pudiera hacer creer, contrasta con la discreción actual, no carente sin embargo de púdicos ramalazos de arrogancia. Maurice Blanchot, por ejemplo, se preguntaba recientemente: «¿El intelectual no sería entonces más que un simple ciudadano? Eso ya sería mucho. Un ciudadano que no se contenta con votar según sus necesidades y sus ideas, sino que tras haber votado, se interesa por lo que resulta de este acto único y, sin dejar de guardar la distancia respecto a la acción necesaria, reflexiona sobre el sentido de esa acción y unas veces habla y otras calla». Es el boceto del intelectual como prototipo del ciudadano democrático moderno al que antes me había referido: no se espera de él más que llevar a cabo esa forma de responsabilidad común que la pereza, el adocenamiento o el agobio de las tareas cotidianas impide realizar a la mayoría. La misión más específica que suele asignársele es la de crítico de los lugares comunes de la ideología establecida. Así es, por ejemplo, como le reclama Michel Foucault en una de sus últimas entrevistas: «El papel de un intelectual no consiste en decir a los otros lo que tienen que hacer. ¿Con qué derecho iba a hacerlo? Y recordemos además todas las profecías, promesas, exhortaciones y programas que los intelectuales han podido formular en el curso de los dos últimos siglos y cuyos efectos hemos podido comprobar ahora. El trabajo de un intelectual no es modelar la voluntad política de los otros; consiste más bien en, por medio de análisis que realiza en sus dominios propios, volver a interrogar las evidencias y los postulados, sacudir las costumbres, las maneras de hacer y de pensar, disipar las familiaridades admitidas, volver a tomar la medida de las reglas y las instituciones y, a partir de esta reproblematicación —en la que desempeña su papel específico de intelectual—, participar en la formación de una voluntad política «donde debe desempeñar su papel de ciudadano». Ni mesías ni corazón delator del desorden establecido: el intelectual es, en cambio, el ciudadano cuyo examen público y razonado de las palabras vigentes y de las evidencias históricas ayuda a los demás a ejercerse civilmente.

De los hábitos propios del intelectual, de sus gustos e inclinaciones digamos profesionales, surgen los mayores peligros de que su labor sea estéril o aún dañina, pero también la virtud que en ella vaya a encontrarse. Los vicios pueden resumirse en aquel «espíritu literario» cuya descripción proporcionaba tan adecuadamente Alexis de Tocqueville en sus *Recuerdos*: «Lo que llamo espíritu literario en política consiste en ver lo que es ingenioso y nuevo más que lo que es verdadero, en preferir lo que forma un cuadro interesante a lo que sirve, en mostrarse muy sensible al bien decir y al bien interpretar de los acto-

res, independientemente de las consecuencias de la obra, y en decidirse, en fin, por impresiones más que por razones». Lo ingenioso, lo nuevo, los logros teatrales, la fascinación del momento, estímulos todos indispensables para el artista, pero letales para quien quiere interpretar correctamente los entresijos del conflicto político. Sin embargo, no puede aceptarse sin más la condena del intelectual como «poco práctico» o «moralista» en cuanto intenta hablar de lo que debe ser y no se limita a acatar lo que irremediablemente es. En contra de lo que el Maquiavelo de turno pueda sostener, la diferencia entre moral y política que envía la primera al limbo de los principios irresponsables y confina la segunda en la prisión de las necesidades puramente fácticas es absolutamente falsa. Toda verdadera moral es moral de lo posible y quiere ejercer su empeño con la mayor eficacia virtuosa en el mundo; toda política es opción por determinados valores y no sabría dar ni el paso más supuestamente mecánico sin orientarse de acuerdo con ideales que frecuentemente se dan por sentados sin examen. En una palabra, la moral también —ante todo— es práctica y la política también —sobre todo— es idealista, y mantener viva esta doble refutación de dogmas vulgares con su ejemplo no es de los menores oficios de la tarea intelectual. Quizá su familiaridad con los usos de la imaginación pueda ayudarle decisivamente en esta superación de lo falsamente obvio. Pero el mayor problema de la intervención política del intelectual viene precisamente de su vinculación ya antes señalada con la opinión pública. Opinión es parcialidad, partido, unilateralidad, absolutización fervorosa de una adhesión que a veces permanece secreta hasta para su mismo sujeto. El político es la encarnación cruda y a veces despiadada de la opinión; cuando la política devora totalmente las capacidades imaginativas del intelectual, éste se convierte en mero opinador, ya no tan siquiera portavoz, sino puro y simple altavoz.

Y es que, a fin de cuentas, lo realmente propio del intelectual es *convertir la opinión pública en razón pública*. De la opinión a la razón; de lo que se enfrenta a lo que intercambia y argumenta; de lo que absolutiza una perspectiva y convierte los baremos de juicio en cuestión de colores, naciones o clases, a la permanente universalidad que tantea en busca de un palpar común de lo humano al menos en lo esencial. Y aquí se da una paradoja curiosa: como antes se dijo, el político tiende a encarnar casi con desvergüenza el mirar sesgado de la opinión en los asuntos comunitarios y ello se atribuye a su búsqueda de eficacia, de triunfo en la competencia por el poder; pero el intelectual ávido de incondicional pureza ética cae a veces en peores parcialidades al pretender aplicar sus dictámenes sin tomar en cuenta con paciencia y humildad los datos de lo real. En efecto, según señala pertinentemente Maurice Blanchot, algunos cátaros de la ética desencarnada —que a veces no es más que resentimiento contra la ambigüedad poco dócil de la vida o crueldad glorificada— se manifiestan «como si la moral cuando se aplica a la política pudiera liberarse de toda regla, de todo método y de las precauciones sin las cuales no hay conocimiento sino opinión. Se está tan seguro de tener razón en el cielo que se expulsa no solamente la razón en el mundo sino también el mundo de la razón». Bien mirado, la razón consiste ante todo en una forma de vigilancia. De honradez, también, porque sus pasos son lentos y su destino, finalmente, no está garantizado. La razón no cuenta con un Dios que rehaga de nuevo el mundo después de verlo destruido, ni disfruta la carismática certeza de tener el decurso histórico inexorablemente a su favor, ni está segura de que los buenos lograrán en último término hacerse oír sobre los malos aún siendo menos. Fueron cosas que un día se tuvieron por seguras pero que hoy aparecen más bien como infundadas y peligrosas ilusiones. Queda un cierto coraje, que se alienta lúcidamente a sí mismo y del que no todos son capaces. María Zambrano indicó así su calidad: «De la primera esperanza en la razón, en el orden del mundo, no ha quedado más que una lealtad y una última noción de que la vida no puede indefinidamente sostenerse en la confusión, en que una cierta ley hace falta para sostener la misma iniquidad; una cierta justicia para que la misma injusticia pueda proseguir su marcha». Ni la rapacidad ni el milenarismo se contentarán con este programa, de sobria e incluso trágica madurez. Pero, si

el intelectual quiere estar en el juego sin hacer a nadie el juego, habrá de mantenerse —acosado y acusado por unos y otros— fiel a este designio racional tan precariamente resguardado.

Colaborar en la formación de una razón pública tiene hoy, a mi juicio, una consigna prioritaria: *luchar contra el pánico*. El intelectual que asuma este combate quedará de inmediato en franca minoría, porque el miedo es el partido mayoritario —algunos quisieran que único— de nuestro mundo. Nunca la utilidad del terror como herramienta de control y dominio había sido tan universalmente reconocida, nunca antes encontró tantos apologetas, tantos cómplices, tantos resignados. Pocos intelectuales, incluso entre los mejores, resisten a la tentación de pactar con el escalofrío y la amenaza. Y lo peor es que cada uno de ellos elegirá un aspecto del terror que le parece denunciabile frente a otro de algún modo provechoso o al menos sin remedio (sabido es que «mal necesario» es uno de los nombres vergonzantes que damos a lo que consideramos un bien). Habrá quien denuncie las pretensiones revolucionarias de la sórdida mafia terrorista, pero en cambio considere un mal menor vivir en el equilibrio de terror del militarismo atómico; otros subrayarán el espanto de la tortura, las ejecuciones clandestinas, las desapariciones, las dictaduras establecidas, pero considerarán métodos semejantes como lícitos en las guerrillas que las combaten; y muchos que perciben con nitidez el terror de la pérdida de libertad bajo la orwelliana bota estatal permanecen insensibles ante el terror y la libertad perdida de los hambrientos, de los desposeídos de trabajo o de quienes carecen de elementales seguridades frente a las incertidumbres de la adversidad. Y es que la libertad democrática, el máspreciado bien político, no puede ser comprada ni salvaguardada a costa del terror sin que más antes que después acabe resintiéndose por ello: hoy ya vemos que comienza a apuntar en algunos países la insidiosa noticia de que la mejor forma de conservar la democracia es ejercerla lo menos posible y sin demasiado ahínco... Luchar contra el miedo y contra el desánimo que lo facilita y lo disculpa no equivale a hacer profesión de iluso optimismo. El intelectual no puede resolver bonitamente en su cabeza o en la página en blanco aquello que en la realidad se resiste a la armonía, pero puede y debe negar su complicidad legitimadora a las tercas incrustaciones del horror en marcha. Su palabra no será sésamo liberador y se le reprochará por ello; pero tampoco servirá como coartada, aunque ello le gane nuevos reproches.

Cuentan —quizá tomo la anécdota de De Quincey— que el viejo Kant, en la arteriosclerosis cerebral de sus últimos días, se vio asaltado por feroces pesadillas que significaron una novedad insoportable para un hombre que siempre había disfrutado de un sueño fácil y sereno. Pero no se resignó por ello. Fiel a la vocación disciplinada del siglo luminoso cuya entraña pensó como nadie, apuntó en la libreta donde consignaba sus resoluciones y sus proyectos, allí donde con puntillosa cortesía inventariaba los temas de conversación ya manejados en otras sobremesas para no fatigar a sus huéspedes con las redundancias de la chochez, anotó digo este propósito valeroso: «*No entregarse a los pánicos de las tinieblas*». Todos los intelectuales que nos consideramos herederos de la tradición que él representa deberíamos fijarnos muy seriamente el mismo lema.

Una palabra final que nos devuelve a la ocasión de este acto. Durante medio siglo, perplejo, tenaz y responsable, Octavio Paz se ha debatido junto a nosotros en la travesía de estos tiempos nublados. Hay justicia y alborozo en poder agradecerle hoy su magistral compañía.

Ponencia en el homenaje a Octavio Paz, «Más allá de las fechas, más acá de los nombres», leída en el Palacio de Bellas Artes de México, D. F., el 23 de agosto de 1984.